

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

59. ACASO FUE TAN SOLO UNA VISION



A LAS OCHO y cuarenta p.m., en el Salón de Conferencias la Universidad de Miskatonic (Arkham, Massachussetts), reina una temperatura propia del *veldt* sudafricano que describía con tanta vividez Rider Haggard...

La culpa de esto no es atribuible, por supuesto, al clima de la región. De sobra se sabe que la estación otoñal suele ser casi idílica en Nueva Inglaterra: un puente de grato frescor entre el Sahara y Siberia. Lo que sucede es que el venerable aposento ha sido alevosamente profanado por la Tecnología. Spots, “jirafas”, cámaras y una maraña de cables: la TV.

Hace ya más de una hora que se transmite, en vivo y en directo, mi programa especial. Debo de haber perdido un par de kilos, diluidos en transpiración; y no toda ella se debe al calor. Hay mucha tensión en torno a mí. Y mucho miedo (sí, *miedo*, sin eufemismo alguno) en mi interior.

E STOY en medio de otra pausa. Ya llevo hechas unas cuantas en el curso de mi relato; pero siento que ésta se justifica aún más que las precedentes. Llego al punto crucial: debo extremar las precauciones al expresarme.

¿Conseguiré comunicar debidamente, eficazmente, mi tremendo mensaje? Percibo la presión de los dedos de mi acompañante en torno del brazo. Sé que intenta confortarme. Me vuelvo en su dirección y esbozo una manifestación de gratitud con la mirada.

Significa: ¡hemos pasado tanto!...

El utilero, cerca de ahí, tose. Entiendo la señal: todo está listo. Debo hacer un esfuerzo titánico para aparentar que no sucede nada fuera de lo ya anotado. No sé si lo logro.

Atiendo a la indicación del director del programa. Otra vez tengo el ojo de la cámara sobre mí: hay que seguir hablando.

.....

—CUATRO noches atrás —dijo el barón Bathory— usted no vio otra cosa que fantasmas.

Sus verdes ojos ardían oscuramente en lo profundo de las cuencas. Fruncí la frente.

—¿Fantasmas?

—De sucesos futuros. Una premonición, ¿comprende?

Me estrujé la cara entre los dedos. Intenté digerir el concepto.

—Lo que usted quiere decir... es que lo que yo vi no fue más que una visión premonitrice de algo que aún no había ocurrido. *¡Que habrá de ocurrir esta noche! ¿Es eso?*

Asintió.

—Entonces... —palidecí—. *¡Entonces va a ser hoy que Verna...!*

—Cabe en lo posible —admitió el barón—. Pero no olvide que ese tipo de precognición espontánea muchas veces se presenta desfigurado por la propia fantasía del que lo experimenta... Ciertos deseos ocultos, determinadas debilidades..., pueden manifestarse en forma de detalles concretos, que integran la visión, pero que no participan del *verismo* general.

LO PENSÉ un instante.

—*¿Así que lo de Verna..., el altar del sacrificio... —aventuré—, pudo ser tan sólo el fruto de mi imaginación? ¿No sucedería en la realidad?*

—Bien... En verdad, no puedo contestarle. No se puede ser categórico en estos casos. Es posible que se tratase de una fantasía..., si usted deseara, o bien temiera, íntimamente, ver a mi sobrina mezclada en el horror... Pero también es factible que su visión haya profetizado un suceso real y verdadero en todos sus puntos. No hay certeza de nada; lo lamento.

Todo esto lo habíamos conversado, a solas él y yo, en la biblioteca, horas antes de disponernos a enfrentar cara a cara al terror y la abominación... El me había preguntado cuál era mi verdadero motivo para arriesgarme. Su penetración me sobresaltó.

YO *TENÍA* una intención secreta (que no pensaba revelar) y por un instante temí que me hubiera leído el pensamiento. Pero cuando le aseguré, usando el tono más sincero que conseguí emitir, que mi único interés radicaba en ayudarlo, tal como él mismo me lo pidiera una vez, y llegar al fondo del misterio, pareció conformarse con mi aseveración y no volvió a tocar el tema.

Algo más tarde, hablamos del sentido de la vida.

—No creo que lo tenga —dije—. Igual que Cronshaw, el personaje de Somerset Maugham, que la comparaba con un abstruso tapiz persa, no considero a la vida más que una simple reacción natural al ambiente. La célula primigenia se dividió, sufrió la evolución de las edades y desembocó en el hombre. No hay nada más. *¡Y a mí me parece suficiente!* ... Ni siquiera los horrendos conocimientos que adquirí con sus libros, barón, inciden para provocar ningún cambio en mis ideas al respecto.

El sonrió sin alegría alguna, y meneó la cabeza.

—No, no... *Hay* un sentido, amigo mío. Pero es externo a la vida misma.

”Somos parte de un juego: una artimaña que, en determinada instancia, se le ocurrió a uno de los contendores... Porque ésa, amigo, es la Respuesta a Todo: una lucha sin fin entre dos conceptos opuestos.

”¡Y los seres humanos nos encontramos inmersos en esa lucha..., muy a pesar nuestro y sin siquiera poder comprender lo que está sucediendo en torno de nosotros!...

(Continúa)

**¿QUÉ HA QUERIDO SIGNIFICAR EL ENIGMÁTICO ARSITÓCRATA CON SU AFIRMACIÓN?...
¿RESPONDERÁN SUS PALABRAS A SU PENSAMIENTO, O AÚN BUSCA DESORIENTAR A
NUESTRO PROTAGONISTA?... SIGUE: “ALISTÁNDOSE”: ¡POLETTI Y EL BARÓN EN CAMINO A
ENFRENTAR LA OBSCENIDAD SUPREMA DEL MAL DESENCADENADO!... ¡UN DESAFÍO A SUS
NERVIOS!... ¡ESTÁ POR COMENZAR LA PARTE MÁS ATERRADORA DE ESTA HISTORIA!
¡NO DEJE DE LEERLO..., DE PREFERENCIA ACOMPAÑADO!**

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com